

La amenaza invisible

Laura Nacher Alabau

El año 2019 recuerdo que fue un año bastante intenso y duro para mí. Desde el principio tuve una extraña sensación de que algo malo iba a pasar. Cada semana más intensa, cargada de incertidumbre y angustia. Yo pensé que era porque mi mamá estaba agravándose de su enfermedad. El Alzheimer se la estaba llevando mes a mes, después de 25 años llegaba su fin. Antes de que tuviera su última recaída, pasó algo más. El 27 de agosto llegó hasta nuestra casa la Dana, en forma de tormenta y tornado. Arrancó árboles de enfrente, parte del bosque por donde pasó y dos puertas grandes de madera maciza. Todos estábamos allí y fue horrible. Muy rápido, espantoso, pero sin daños personales. Dana siguió su camino destruyendo todo a su paso por el resto de la isla. Después se trasladó el caos hasta la Comunidad Valenciana, donde vivían mi madre, mi hermana, mi cuñado y mis sobrinos.

En medio de esos días de tormenta, y de la angustia que seguía creciendo, llegamos al día 3 de septiembre. Mi mamá estaba en una residencia desde 2014, después de que los médicos nos recomendaran a mi hermana y a mí su ingreso en una residencia porque necesitaba cuidados que nosotras ya no podíamos brindarle. Antes pasaba dos meses en casa de mi hermana con su familia y otros dos en mi casa con mi marido, mi hija mayor que entonces era un bebé y yo, cuando aún vivíamos en Castellón. Finalmente, en 2014 la mandamos a una buena residencia, donde los primeros años mejoró muchísimo. Mi hermana se puso a trabajar de nuevo

ya que mis sobrinos ya eran grandes, a mi marido le llamaron para trabajar en Mallorca, nos trasladamos, y en 2015 tuvimos a nuestra hija pequeña. Pero el día 11 de septiembre de 2019, a las 9 de la mañana, mi hermana me informó de que estaba en la residencia porque mamá había amanecido con el pulso muy débil y al parecer estaba así desde la madrugada. Yo me escribí con mi hermana por WhatsApp para acompañarlas y estar al tanto de todo, sin molestar al equipo médico que estaba con ella. Hasta que a las 17:45 pm mi hermana me llamó para decirme que mamá había muerto. Al día siguiente mis hijas, mi marido y yo volamos para despedirnos de ella.

Semanas después, la sensación extraña del mal presentimiento seguía aún ahí, creciendo. Yo iba a caminar al bosque con mis perros todas las mañanas antes de empezar mis labores domésticas. Leí muchos libros. Intentaba mantener la mente ocupada, quería hacerla desaparecer. Pero esta no se iba. Llegué a tal punto de agobio que busqué la respuesta o posible causa de la amenaza invisible que se cernía sobre mí. Hasta llegar a unas conclusiones finales. Se debía a tres posibles causas, ninguna buena, a cuál peor. La primera opción podía ser que a mi marido o alguna de nuestras hijas les iba a pasar algo; la segunda, que creía la más probable, era que algo muy fuerte me iba a pasar a mí; la tercera y última, que algo muy malo le iba a pasar al mundo. Nunca había tenido una sensación así. Lo más parecido fue cuando mi padre estaba enfermo de cáncer. Antes de que los médicos diagnosticaran que estaba terminal, yo ya lo supe, porque tenía el mal presentimiento de que algo le pasaba. Medio año después murió. Pero esta vez mi sensación era mucho más fuerte y grande, con una intensidad multiplicada por cien.

El caso es que a finales de noviembre llegó el COVID-19 a Wuhan. En diciembre a Francia. En enero a Italia. Y finalmente, en febrero o marzo, a España. La amenaza ya no era invisible, era real. Era peor de lo que hubiera podido imaginar jamás. Tenía un pánico atroz. Pero por mi familia tenía que estar fuerte.

El 20 de octubre a mi hermana le confirmaban que se había contagiado por una anciana a la que cuidaba y que murió de COVID. Antes de saberlo, mi hermana no tenía síntomas e hizo una pizza con mis sobrinos de 16 y 19 años para cenar. A la mañana siguiente recibió la llamada del hijo de la señora. Por si acaso se aisló en su habitación, ya que mis sobrinos son asmáticos y conviven también con su suegra que tiene 78 años. Todos se tomaron la temperatura, mi hermana y mi sobrina tenían fiebre. Después de pruebas y llamadas, tanto mi hermana como mi sobrina fueron confirmadas de contagio. Mi hermana no podía dormir bien porque se ahogaba y tenía que estar semisentada para dormir sin riesgo. Tenía un fuertísimo dolor de cabeza, pecho, cuerpo, vómitos y fiebre. Mi sobrina tuvo dolor de estómago y fiebre. Pasaron trece días con fiebre y síntomas. Pero finalmente se recuperaron. El mundo se convirtió en una pesadilla, una película de ciencia ficción. Nadie salía. Trabajo, estudio, restauración, hoteles, parques: todo cerrado. En los supermercados se veía a gente pelear por comida, papel higiénico, agua. Todo el mundo con mascarillas y guantes para comprar solo consumo de primera necesidad. Para ir a la farmacia o al médico. Aplaudimos en nuestras casas para animar a los héroes sin capa: equipos de ambulancia, médicos, enfermeros, farmacéuticos, vendedores de supermercado, vendedores de pequeños comercios básicos, limpiadores, agricultores,

bomberos, repartidores, camioneros, policías, ejército y científicos.

Yo entonces me di cuenta que no me podía quedar así sin más. En cuanto la situación mejoró, decidí cambiar mi vida, por mi familia y por mí. Decidí que iba a sacarme la ESO para seguir estudiando. En octubre me apunté al CEPA SUD. En febrero ya me había sacado 3º de ESO. Ahora sigo preparándome y, si todo va bien, espero graduarme en junio. Pero solo será el principio, porque después estudiaré Grado Medio, luego Grado Superior y finalmente haré el acceso a la UIB, donde quiero estudiar Bioquímica Molecular. Ahora me siento más fuerte, más segura y decidida. Cueste lo que cueste, lo conseguiré e investigaré junto a otros científicos para buscar curas a enfermedades que hoy no la tienen. Como decía mi tío de mayor, graduado en la universidad por varias carreras: “Los estudios te abren ventanas o puertas hacia un futuro mejor, solo hay que saber verlas y aprovecharlas, pero sobre todo no rendirse jamás.”

Tenía razón. Quién me iba a decir a mí que ahora estaría estudiando y preparándome para estudiar Bioquímica. Estoy muy feliz, orgullosa, con más ganas y fuerza que nunca. Siempre adelante. Agradecida a la vida por cada oportunidad. La vida tiene buenos y malos momentos, pero nosotros podemos decidir cómo vivirla y hacia dónde llevarla. La vida son decisiones. Y estas son las mías.